

Elogio de la palabra^(*)

Aldo Vela, Enrique Sánchez Hernani

MEMORABLE. CUATRO MANERAS DE LEER Y ENTENDER EL HISTÓRICO DISCURSO DEL NOBEL DE LITERATURA MARIO VARGAS LLOSA, “ELOGIO DE LA LECTURA Y LA FICCIÓN”

Estocolmo fue el escenario donde el escritor peruano más importante de todos los tiempos se confesó vivo gracias y a través de la literatura, “esa vida de mentiras que añadimos a la que tenemos para protagonizar las grandes aventuras que la vida verdadera nunca nos dará”. El impecable y conmovedor discurso ante la Academia Sueca fue, principalmente, una suerte de resumen panorámico de su vida, en el que recorre los momentos que marcaron el camino de su existencia con un solo destino: escribir. En este torbellino de confesiones, la política y su aproximación libertaria y democrática a la realidad está muy presente. Y, cómo no, el Perú, del que nacen todas las experiencias que lo alimentan como escritor. El crítico Iván Thays, el analista político Pedro Salinas, la psicóloga Mary Louise Claux y el escritor y publicista Gustavo Rodríguez desgranar el universo de este texto, que ha despertado la admiración de propios y extraños.

Un premio dedicado a sus orígenes literarios

Por obvias razones, las referencias literarias fueron las mayores menciones en el discurso que pronunció Mario Vargas Llosa ante la Academia Sueca, en Estocolmo. No solo nombró a sus escritores tutelares, al Perú y a los países que le han permitido escribir, sino a su esposa Patricia, que le “pone orden a mi caos” y que “defiende mi tiempo”, según dijo emotivamente.

Para el escritor y crítico Iván Thays, el discurso fue un ejercicio de síntesis de los conceptos que son el cuerpo principal de sus ideas. “Para los que conocemos las cosas de las que Vargas Llosa siempre habla, el discurso fue previsible. Ha sido un recuen-



Discurso-narración de Vargas Llosa en la Cena de Gala que ofrecieron los reyes de Suecia con motivo de la entrega de los Premios Nobel.

to de todas sus ideas, donde la parte emotiva y su mención a Patricia fue lo que se salió del cauce habitual”. Dentro de este corpus está el papel que MVLL le da a la ficción. “Para él la ficción sirve para mejorar la realidad, pero no para arreglar los problemas de la realidad”, tal como lo hizo notar en su exposición.

Thays hace notar que en el discurso, el escritor hizo salir a flote la a veces conflictiva relación que guarda con el Perú. “Admiro sus referencias al Perú, su relación de amor-odio, y cuánto le duele lo que pasa en nuestro país y cómo le afecta”. Esto, sin embargo, no fue óbice como para que se refiriera a otros dos escritores, que como él, encarnan la peruanidad: José María Arguedas y César Vallejo. “No creo que Vargas Llosa esté en las antípodas de Arguedas. Que lo haya mencionado no me sorprendió, porque él siempre lo ha admirado mucho, pues ha confesado que su obra le gusta. Lo que sí me hubiese gustado es que la mención a Vallejo fuese un poco más allá de una sola cita”.

Aunque el laureado narrador dijese que era incapaz de nombrar a todos los escritores a los que debía algo, sí evocó a Flaubert, Faulkner, Cervantes, Dickens, Balzac, Tolstoi, Conrad, Mann, Sartre, Camus y Orwell, entre otros. “Es interesante que Vargas Llosa haya dedicado este premio, de alguna manera, a sus orígenes literarios. Creo que Vargas Llosa ha demostrado que es muy consciente de que el éxito es por sus raíces con América Latina. Además, dedicó el premio no solo a su esposa Patricia o al país, sino también a su idioma y a su generación latinoamericana”.

Batallando contra la barbarie y el fanatismo

Novelista, pero también hombre de firmes ideas políticas que incluso lo llevaron, en cierto momento difícil para el país, a candidatear a la presidencia, Mario Vargas Llosa también puso sus reflexiones sobre este punto en su discurso. Para el escritor y columnista político Pedro Salinas, el primer comentario “no literario” o “no testimonial” dentro del discurso fue sobre el fanatismo. Sobre el fanatismo religioso, para ser exactos, que es un tema que ha

abordado en sus columnas quincenales en *El País*, en más de una oportunidad, y al que considera que “hay que salirle al paso, enfrentarlo y derrotarlo”. Salinas considera simbólico que MVLL “repasara sus errores de juventud como marxista, socialista y estatista, y cómo pensadores liberales como Aron, Revel, Berlin y Popper le ayudan a enmendar el rumbo, que, como recordamos los peruanos, lo llevó incluso a incursionar en la política activa, como un abanderado de las ideas liberales, en tiempos en que el estatismo –bajo el primer gobierno de Alan García– pretendía profundizar la hegemonía del Estado a través de la nacionalización del sistema financiero”.

Al fustigar los “estados totalitarios” o las “democracias populistas y payasas”, MVLL hace notar que sigue prefiriendo el debate. “Fiel a sus convicciones liberales es que destaca el panorama geopolítico de América Latina, un continente más democrático y moderno que hace veinte años, que ya no exhibe las dictaduras de antaño, donde, como dice él mismo, “mal que mal, la democracia está funcionando (...), y por primera vez en nuestra historia, tenemos una izquierda y una derecha que (...) respetan la legalidad, la libertad de crítica, las elecciones y la renovación en el poder. Ese es el buen camino”.

El periodista hace notar que aquí Vargas Llosa “excluye a Cuba, Venezuela, Bolivia y Nicaragua, países donde todavía perduran regímenes reñidos con la libertad, o están comprometidos con causas totalitarias, o preconizan el retorno a las culturas cerradas, al despotismo ideológico, o están al servicio de ideas colectivistas”.

Otra presencia relevante en el discurso de Estocolmo fue el Perú, por el que ha dado tantas batallas políticas. “Aunque en lo personal le tengo reticencia y urticaria a los chovinismos y nacionalismos, debo confesar que un chovinismo tribal se apoderó de mí cuando escuché a Vargas Llosa hablando sobre el Perú. Fue, para mí, la parte más emocionante del discurso. Y la más extensa, también, porque es la que desarrolla más. La que casi empieza con aquella frase: 'al Perú yo lo llevo en las entrañas', y casi termina en aquella otra: 'el Perú es Patricia'”. El columnista cree que ambas frases quedarán grabadas en el

recuerdo de los peruanos porque fueron expresadas no como frases retóricas sino que salieron de la boca de Vargas Llosa como profundamente sentidas. “Tanto, que fueron acompañadas de algunas lágrimas”.

Entraña y nervio en la obra de Mario Vargas Llosa

Para Vargas Llosa la patria es su mujer, la Arequipa de los relatos, la esquina de Miraflores, el colegio militar, el diario de los Prado. Es la referencia de donde se sostienen cada una de sus premisas. El discurso del pasado martes deja clara una cosa: el escritor solo es posible a través del Perú.

En su presentación ante la Academia Sueca, nuestro escritor habló de su formación humanista, de sus primeras lecturas infantiles, de la notable influencia de las letras francesas en su estética y de la norteamericana en su técnica narrativa. Y de paso, la efervescente actividad artística y cultural gestada en la Barcelona de hace 30 años. Y sin embargo, en cada tránsito la presencia del Perú resulta indesligable. Para el publicista y escritor Gustavo Rodríguez, “De haber crecido Vargas Llosa en otro país, probablemente sería un gran escritor. Pero no sería exactamente el escritor que es hoy: al hombre que habló en Suecia lo conmovieron y sellaron los olores de Arequipa, el clasismo de Lima, los amores entre la bruma de Miraflores, las brutalidades del Leoncio Prado, las canalladas de nuestras dictaduras. Por más cosmopolita que pueda ser hoy la vida y la literatura de Vargas Llosa, el niño interno que las genera es peruano. Y a veces sale impune, llorando para emocionarnos, como ocurrió en la fría noche de Estocolmo”.

Vargas Llosa ha dejado sin banderas a quienes esgrimen hasta la fecha, cual letanía, el vasallaje de América Latina ante el imperio español. Esa ya no es tarea del invasor, sino de sus repúblicas emancipadas y mestizas que no hacen nada por aliviar la postergación del indio, la dispersión de sus naciones o acaso las pequeñas miserias de sus gobiernos. Para Rodríguez, el referente solo es posible a partir de la experiencia. “Todo escritor pone en juego un bagaje personal muy íntimo que interactúa con una estra-

tegia consciente. Cuando Vargas Llosa decidió escribir una novela situada durante la dictadura de Odría, tenía un objetivo racional. Lo fascinante de la literatura es que para lograr su objetivo, el escritor echa mano de sus vivencias, miedos, amores y frustraciones que, posiblemente, no recuerda que lleva adentro”.

En el fondo del discurso reiterado sobre el Perú se percibe un objetivo de reivindicación, señala Rodríguez. “Cuando imagino a un ganadero de Sicuani tan emocionado como yo por las palabras de Mario Vargas Llosa en la lejana Suecia, me asalta la convicción de que somos uno de los países que más atención le reclama al mundo. Nuestros taxistas les preguntaban a nuestros visitantes, ni bien les captan otro acento, si ya probaron nuestra comida. A Juan Diego Flores lo reciben con banderas peruanas en los palcos, cuando es insólito pensar que algo parecido le ocurra a Plácido Domingo. Lo maravilloso de esos minutos de Vargas Llosa ante aquel micrófono nórdico radica en que allí se unieron de casualidad dos necesidades viscerales: la de todo un país que busca verse mencionado con orgullo, y la de un escritor buscando agradecer a la patria que lo formó”.

Los vínculos de familia nutren su personalidad

Es la primera vez que el auditorio congregado en torno a un orador receptor del Nobel irrumpe en aplausos en medio del discurso. Primera vez que Vargas Llosa, tan poco dado a la efusividad, entrecortada la voz en la necesidad urgente de capturar el llanto que lo desborda. En Estocolmo andan sorprendidos con la delegación peruana, que no solo incluye parientes y amigos del escritor, sino también cofradía de reporteros y críticos peruanos afines a su obra y travesías, asumidos en su papel de “enviados especiales”. El 2009, cuando la poeta y novelista alemana de origen rumano, Herta Muller, recibió el mismo premio en Estocolmo, el personal acompañante apenas se limitaba a su pareja y nadie más.

Y estas fueron varias etapas descritas a lo largo de la pieza de oratoria transmitida el martes pasado. “En la niñez, aprender a leer y zambullirse en los

mundos fantásticos de los personajes de sus lecturas; en la pubertad, la aparición del padre biológico; en la adolescencia, su paso por un colegio militar así como las vivencias del barrio; en la adultez temprana recorrió el mundo y buscó transformarlo. Le siguieron los viajes y las exigencias laborales y familiares. Como señala el psicólogo suizo Paul Baltes, el desarrollo se da a lo largo de toda una vida, seleccionando experiencias, optimizando comportamientos y compensando las pérdidas con las ganancias”.

Para la especialista, el caso de Vargas Llosa demuestra que en estos tiempos ya no se puede hablar bajo una definición clásica de la familia. “Él fue feliz en una familia extendida, con una madre, una abuela y unos tíos que no solo festejaban sus primeras ocurrencias literarias sino que las promovían y disfrutaban. Y que, más bien, con la aparición de su padre biológico, una figura autoritaria, apare-

cen las primeras desilusiones que lo llevaron a refugiarse más en la lectura”.

Y en esa declaración Vargas Llosa plantea que no solo es posible la familia, sino el amor por la mujer que lo acompaña en su ruta y hace posible su sostenimiento como persona, como artista, político y esteta. “El último mito roto es que el paso de los años deteriora a la persona y debilita sus relaciones cercanas. Todo lo contrario, Vargas Llosa resalta la importancia de la acumulación de la experiencia y la productividad, así como el logro de una convivencia armónica y complementaria con su esposa Patricia y, finalmente, la trascendencia a través de su descendencia y su obra literaria”, añade Claux.

(*) En: “Somos”, revista del diario El Comercio, N° 1253, Lima, 11/12/10, pp. 20 a 25.

Los nobel también lloran (*)

Rocío Silva Santisteban

El nobel, el patriarca, el escritor conocido y reconocido se quebró en el Museo de Estocolmo cuando habló de la mujer que lo ha acompañado durante 45 años, y tuvo que leer entre suspiros y lágrimas algunas de las frases que había preparado para tal ocasión. A lo lejos, en el Perú, quienes seguíamos por radio o U-stream el discurso que leyó en español no pudimos sino contagiarnos de ese rebalse de emoción. Dice el secretario perpetuo de la Academia Sueca, Peter Englund, que es el único Nobel que ha llorado durante la lectura de su discurso. No queda duda de que, a pesar de su racionalidad y su liberalismo, el toque latinoamericano han sido esas lágrimas que muestran a Vargas Llosa como, finalmente, somos todos por estos lares, tan alejados de las distancias nórdicas y tan cercanos a una sensibilidad a flor de piel.

Llorar nos hace más humanos. Vargas Llosa no se ha permitido unas lágrimas, estas han salido, como dice el verbo de Francisco de Quevedo, “salid sin duelo lágrimas corriendo”, porque se han escapado de la solemnidad del espacio, entre las

líneas de un texto que ha apostado por ciertos valores que han acompañado desde siempre al escritor: la lectura, la familia, su terquedad en su apuesta por la ficción. Precisamente junto a esta apuesta también podemos encontrar una firme oposición a cualquier tipo de autoritarismo desde el autoritarismo patriarcal ejercido por su propio padre hasta el político de los dictadores latinoamericanos, y con este valor Vargas Llosa ha podido describirnos, en sus novelas y en su autobiografía, la crueldad del aprendizaje y, a veces, del ejercicio de la masculinidad en América Latina. Sin duda, Vargas Llosa es quien ha descrito y escrito con profusión sobre el tema, sobre la bestialidad de un machismo sin frenos, desde su temprana *La ciudad y los perros* hasta *La fiesta del Chivo*. Por eso mismo, estas lágrimas de un hombre que se está logrando en el mismo hecho de leer su discurso son contundentemente simbólicas. Los hombres sí lloran cuando deben de llorar. A mucha honra.

Por cierto, apenas unas cuantas horas de este hecho y ya algunos blogs están hablando de las

“lágrimas de cocodrilo de esta caterva de burgueses que acompañan al intelectual del fascismo” en un tono, por cierto, hiperbólico y acrítico, de brochazos en blanco y negro, que no le hace ningún bien a la opinión pública. Me parecen estúpidos y mezquinos semejantes calificativos. Uno puede discrepar de Vargas Llosa, desde una perspectiva política e ideológica, pero no puede creer que sea un fascista. Es totalmente lo opuesto: es un libertario desmedido. Cree a pie juntillas en la libertad, sobre todo, del mercado y por eso discrepo. Pero,

como decía Alberto Flores Galindo, disentir es una forma de aproximarnos, por lo mismo no podemos dejar de percibir lo vil que es calificar a esas lágrimas como falsas. Todo lo contrario: nunca he sentido un quiebre de voz de un hombre mayor, de un hombre público acostumbrado a las lecturas en público, tan honestamente real y profundo y verdadero.

^(*)En: “Dominical”, edición especial. Suplemento de *La revista de La República*. Lima, domingo 12-12-2010, VII.

El discurso ^(*)

Eduardo Lores

Lo extraordinario del discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura de Mario Vargas Llosa no es tanto lo que dijo, que en realidad no aporta mayor novedad a su pensamiento, sino cómo lo dijo, que constituye el verdadero talento de un literato.

Quizá su experiencia en las tablas le han permitido convertirse en ejecutante de sus propias ideas, irradiar el magnetismo de esos antiguos intérpretes (mimetes), que lograban envolver al auditorio con sus palabras, haciéndolo vibrar con su entonación. Lo escuché en el auto encandilado; llegado a mi destino tuve que hacer un esfuerzo para apearme, y lo hice solo porque tenía una cita a esa hora precisa, también porque tenía la certeza de que el discurso sería publicado en los días siguientes, esperando que el escrito no perdiera el vigor que le estaba escuchando, en vivo y en directo. No me defraudó el texto, mientras lo leía con similar deleite, subrayé de manera aleatoria algunos pasajes que me provocaron.

El título “Elogio de la lectura y la ficción” supongo que es un homenaje a Erasmo de Rotterdam, autor de “Elogio de la locura”. Su tono no se aleja mucho del que usó el flamenco para criticar el abuso de la razón de su tiempo.

No sé por qué me detuve en eso de “pasión, vicio y maravilla que es escribir”. Aunque coincido plenamente con esa definición, cambiaría el término “vicio” por el de “adicción” aunque mengüe su contun-

dencia, porque si bien hay mucha escritura viciosa (toneladas), la suya por el contrario, reitero, se forja a fuerza de virtudes como la disciplina, la moralidad y el trabajo.

“Igual que escribir, leer es protestar contra las insuficiencias de la vida”. Perfectamente nietzscheano, y se extiende a todas las artes. Lamentablemente los efectos de dichas protestas son lentísimos. Los cambios se dan al interior de cada solitario lector y sus consecuencias políticas hibernan hasta encontrar el clima y el consenso adecuado para que hagan eclosión.

“Inventamos las ficciones para poder vivir de alguna manera las muchas vidas que quisiéramos tener cuando apenas disponemos de una sola”. Será porque queremos ponernos en el pellejo del otro, comprenderlo, así sea doloroso; sentir que “nada humano me es ajeno”.

“No debemos dejarnos intimidar por quienes quisieran arrebatarnos la libertad que hemos ido conquistando en la larga hazaña de la civilización”. Tal vez esa sea la arenga que más le hemos escuchado en los últimos tiempos como contribución a la lucha contra el fanatismo, aquella que le ha valido a Salman Rushdie verse obligado a vivir a salto de mata, como presa de caza.

“Algunos compatriotas me acusaron de traidor y estuve a punto de perder la ciudadanía...” De aquí podría surgir una pregunta para una entrevista al

Nobel. ¿Mientras escribía su última novela, se sintió identificado con el protagonista, por haber sido acusado de lo mismo? En este pasaje Vargas Llosa se reafirma en su posición contra las dictaduras que considera deben ser combatidas con todas las armas posibles, porque son el “mal absoluto”. Suena bien, pero no creo que Berlín o Popper admitan lo absoluto en la ética o en la política.

Una de las frases más felices, puestas con arte de gran banderillero, es aquella de “la lengua recia de Castilla que los Andes dulcificaron” que remite a Arguedas tanto como la referencia a “todas las sangres” para hablar del Perú, la que se extiende hasta concluir con, “¡Qué extraordinario privilegio el de un país que no tiene una identidad porque las tiene todas!”. Hermosa exclamación, pero lamentablemente no funciona ni para los mundiales, ni para las guerras.

Cuando habla de la conquista no creo que pretenda usurpar el rol de historiador al pasarle la fac-

tura de dicha barbarie principalmente a los descendientes criollos de los conquistadores, aligerando la responsabilidad de la metrópoli, por el coloniaje. Pero es cierto que “desde hace dos siglos la emancipación de los indígenas es una responsabilidad exclusivamente nuestra y la hemos incumplido”. ¿Tal vez un saludo al Amauta?

Para finalizar, subrayé una frase muchas veces repetida por él en torno a la verdad de las mentiras, que remonta al viejo eikos (verosimilitud) aristotélico: “la literatura es una representación falaz de la vida que, sin embargo, nos ayuda a entenderla mejor...”. El filósofo añadiría, porque es más filosófica que la historia, porque es universal y nos libera.

A su retorno, el primer premio Nobel del Perú abundará de seguro sobre estos temas, continuando un diálogo sumamente ilustrativo y gratificante. Larga vida a nuestro denominado poeta épico.

(*) En: *El Comercio*. Lima, Domingo 12-12-2010, p. C-20



Mario Vargas Llosa viajó como copiloto en la cabina del avión que lo trajo de regreso a Madrid desde Estocolmo, luego de recibir el Premio Nobel de Literatura 2010.